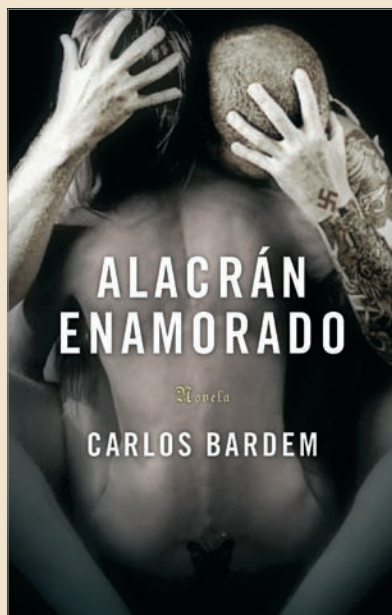


## Alacrán enamorado

Carlos Bardem



Extracto del capítulo I

En el Palacio de la Oreja.

—¿Una historia?

—Sí, Carlomonte. Algo fuerte.

—Sí, sí. Una de hostias —el chico del pelo naranja parece excitado y un punto sanguinario—. Sí, sí, viejo, una de esas que te inventas de Nueva York y por ahí.

Carlomonte los mira con pena. Si supieran, si le creyeran...

—¡Joder, pa' cosa buena la que me contaron ayer en el tuto! —Todos se giran para ver a un entusiasmado chaval con una cara en la que compiten por el protagonismo varios piercings con otros tantos granos de pus—. Mirad, hay un hombre en un bosque. Va a ahorcarse. Cuando está ajustándose la cuerda al cuello llega una rana saltando, lo mira y le dice: «¡Señor, señor, por favor, espere no se mate. Tiene usted que hacerme un favor!». El hombre...

—¿Es un chiste?

—El hombre mira a la rana asustado y dice: «No puede ser, estoy ya loco del todo, aquí, a punto de morir y esta rana que me habla. ¡Ayúdame, Dios mío!» Y la rana: «Señor, señor, no se mate. Ayúdeme». Total, que el tío se quita la cuerda del cuello y le pregunta desesperado a la rana que qué puede hacer él, que lo deje en paz, que se quiere matar. Entonces la rana le dice: «¡No, espere! Tiene usted que darme por el culo. Estoy bajo un hechizo, y solo si me dan por el culo volveré a ser una persona. ¡Por favor!» Bueno, el tío alucina, que cómo va él a darle por el culo y la rana dale que te pego: «¡Señor, por favor, sólo si me dan por el culo volveré a ser una persona!» Total, que el tío mira a su alrededor, no ve a nadie y dice que sí, que vale. Coge a la rana y le da por el culo con toda su alma y ¡zass! la rana que se convierte en un niño de ocho años... ¡Y esa, señoría, es la versión de mi cliente!

Toda la pandilla se ríe ruidosamente.

—¡Joder, qué animal eres!

—Es buenísimo, ¿que no? Lo mejor son los caretos de la gente cuando sueltas lo del niño de ocho años: flipan.

—Venga. Dejad que empiece Carlomonte. Una de combates, abuelo.

¡Bah! Demasiado jóvenes para saber cuántas vidas caben en una; cuántas peleas, amores, cuántas alegrías y cuánta más soledad. La niña se lo va a pedir...

—No, cuéntenos una historia de amor —suspira la muchacha mientras frunce los labios y choca contra los dientes la bolita metálica que le adorna la lengua. Tic, tic, tic—. Algo para soñar con el mar.

Pobrecita, siempre pidiendo amor. Tras todos esos tacos, tíos y colillas, no es más que una niña que quiere oír hablar de amor.

Las luces se encienden mientras la ciudad se apaga.

El viejo Carlomonte sonrío a la chica. Le gusta el mar y la gente a la que le gusta el mar. También le encantan las mujeres.

Lo siguen fascinando, aunque sabe que ninguna volverá a amarlo, encerrado ya para siempre en la nada de una vejez sin dinero. En una piel tan arrugada y manchada como su ropa. Quizá podría conseguir que entre tetrabrick y tetrabrick, se la chupara la Mercedes. Siempre le sonrío y le grita cosas cuando se cruzan por el barrio. Ella tirando de su carrito del súper lleno de basura y con la estrella robada de un Mercedes atada en el frontal, y él tirando de su curda. Pero es que eso ya no es una mujer. Le gustaría besar a la chica y acariciarle los pechos. Suavemente. Mientras, le explicaría que no siempre fue así, que antes —el antes de sus historias— no olía siempre a alcohol y a sudor. Pero ya no puede ni siquiera bromear como solía: «Las hijas de las madres que amé tanto me besan hoy como se besa a un santo». Ni son ya las hijas, sino las nietas, ni él es un santo.

Además, si alzara la mano para rozarle una mejilla a la chica, el chaval del pelo zanahoria, el sanguinario, le partiría la cabeza con su monopatín. No hay inocencia en los perdedores. Y él, Carlomonte, solo es eso, un perdedor lleno de alcohol barato e historias caras de creer.

—¡Toño, ponle otro chispazo al Carlomonte, que no se arranca! —grita burlón otro de los chicos—. Y otro mini para nosotros.

Toño asiente. Los mocosos estos son menores; él no debería venderles alcohol ni tabaco. Su Palacio corre peligro pero, por otra parte, nadie va a irle con el cuento a la poli. Es más, en esta

calle y en este barrio hay gente que tiene dudas razonables sobre la existencia de la policía.

La trapaperras se inflama de luces y fanfarrias eléctricas para anunciar un premio miserable, despliegue del que se hace eco el chirrido del autobús que se detiene frente al bar con su carga de curritos reventados, cabeceando soñolientos, de mujeres gastadas y de yonquis sin fuerzas ni dinero para un kunda que los lleve al infierno más cercano. Total, la frontera del infierno está a un par de paradas, en el vacío que los niños otean desde los castillos de protección oficial. La trapaperras se obstina en señalar como ganador a un ecuatoriano chiquito que viste un mono azul manchado de pintura y demasiado grande para él. Lleva las mangas y las perneras remangadas. Definitivamente el mono era de otro, de alguien más voluminoso, heredado de alguien de aquí —se dice Carlomonte— que dejó de pintar por una miseria. Aquí ya nadie acepta su porción de miseria. El ecuatoriano se despega un hueso de aceituna de la suela gastada de sus deportivas y va guardando receloso la ganancia. ¡Otro ganador en El Palacio de la Oreja! Nadie lo felicita ni bromea. Ni le exige el convite a una ronda. Es solo un emigrante que mira de reojo, como maldiciendo, a la escandalosa maquinita, por descubrirlo llevándose algo que no es suyo.

Carlomonte recorre con ojos vidriosos las salas del Palacio y observa a los artesanos de esta noche de invierno. Sordo a las risas y las burlas de los chicos, escucha el silencio de una pareja de ancianos. Hay formas de callar, de dejar de hablar de repente, que lo dicen todo. La vieja del pelo violeta clava los ojos con tanta fuerza en la espalda manchada del ecuatoriano que, por cojones, tiene que callarse. O el trago hondo, con tufo a tabaco negro, que otros tres hombres de cara colorada y estómago abultado (¿Alguien ha dicho: «no te jode el panchito»?) pegan a sus copas antes de darle la espalda al inmigrante.

Únicamente los chicos parecen no fijarse en el atribulado ganador —¿cuándo dejará la máquina de escupir monedas y la soltará?—. Aún son demasiado jóvenes para escuchar el silencio y saber que, según y cómo, es el peor de los gritos. No lo han sufrido. En su mundo solo hay ruido. El ruido excesivo a edades tempranas altera para siempre la capacidad de aprendizaje. Carlomonte recuerda haberlo leído en un periódico. Él no se lee solo los deportes. Ruido, por eso los chavales son tan tontos. Claro que a nadie le interesa que sean más listos y den problemas, que tengan silencio para pensar. Ya les llegará, impuesto. A todos, más tarde o más temprano, nos

alcanza el silencio de los demás. Luego, simplemente no nos ven. Solo ellos parecen no darse cuenta de la salida un tanto precipitada del sudamericano.

—Tu chispazo, Carlomonte. Invitan los chavales —Toño, el dueño del bar le sonríe con resignación. Hace un tiempo que conoce al viejo borracho y siempre le ha fascinado la habilidad, el arte que tiene para cambiar tragos por historias a la gente más diversa. Le parece que hay mucha dignidad en ese trueque. Carlomonte nunca ruega que lo inviten. Simplemente se sienta en un rincón de la barra y espera a que alguien le pida una historia. Toño fue legionario, de la octava bandera del Tercio Don Juan de Austria, *na'menos*, y se comió un montón de mierda cuando la Marcha Verde. Le jodía que nadie hablara nunca de los tiros y de los muertos que hubo por allí; que aquello no fue como mudarse de un piso, y los putos moros bien que apretaban. Anda que no desenterró minas. Casi tantas como puso.

Aquello fue una guarrada, sobre todo para los saharauis, que los dejamos vendidos. Carlomonte le recordaba su juventud en Marruecos, y a aquellos bereberes, los birbir de los cojones, que contaban historias sentados en el suelo mientras a su alrededor se amontonaban todos esos cabrones piojosos con chilabas y la boca abierta. Historias que él no entendía y que no pasaban, por tanto, de ser un soniquete, un runrún que se le había metido muy dentro. ¡En fin! Otras veces, sin embargo, lo entristece lo mucho de condena que hay en ese narrar historias del borracho. Tiene que ser jodido inventarse todos esos camelos para que los demás te paguen las curdas. O simplemente para que te vean. Y, sin embargo, al escucharle... Bueno, todos esos detalles y sitios que describe, el aplomo con que cuenta sus anécdotas. Toño duda y piensa que, quizá, el viejo borracho no lo inventa todo, y sencillamente recuerda. Entonces Toño aguza el oído y escudriña la ruina humana buscando un destello de grandeza pasada, de ese «Siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está». Mira y remira hasta decidir que, si son recuerdos y no fabulaciones, son sin duda los recuerdos de otro. ¡*Enfant*, que dicen los franceses! Le llena la copa con Veterano hasta el borde. —aquí tiés, una copita de soldao viejo.

Carlomonte alza la copa y se la acerca a la boca, pero uno de los chicos le sujeta rápidamente de la muñeca. Unas gotas de brandy se derraman por la mano del viejo y el olor del alcohol le entra hasta el cerebro, hasta la cueva donde viven las sombras y la serpiente enroscada de la memoria.

—Nada de beber hasta que empieces —gallea el chaval jaleado por las risas de los otros.

—No os paséis —tercia compasiva Mara, la del piercing, el mar y las tetas grandes.

—Ya os vale —escupe el zanahorio—. El viejo está pirao. Cada vez cuenta menos y se mama más. Es la última vez que me traéis a este agujero.

—Pobrecito Carlomonte. Es muy simpático y nos ha contado cuentos muy buenos —¡que buena es, que buena está la cría! qué buen rollito, tarará, tarará!—. Córdate tío, que podría ser tu abuelo.

—¿Mi abuelo, este bolinga? —el del pelo naranja está demasiado molesto para que no haya algo de verdad en el símil—. ¡Que te pires! —Además, está lloviendo.

—Me da igual. Yo prefiero mojarme patinando a oír las gilipolleces de este colgao. Me piro.

¿Mentiras? Carlomonte ve marchar al panocha con un par de colegas. ¿Mentiras? Él nunca cuenta mentiras. Solo trozos de una vida exagerada pero cierta. Sí, él peleó en Nueva York y en Londres; en los casinos de Las Vegas y Atlantic City fue poeta. Estafó y fue estafado. Lo corrieron gitanos de tabla por pagar juergas con billetes falsos y la troupe de los enanos Eduardini, los del Circo Price, por ser alto. Se hizo bocadillos de caviar y se bebió el mar. Lo metieron en la cárcel y lo sacaron. Vio morir mil amistades eternas y mató el amor de la única mujer que de verdad lo quiso; que lo amó antes de Montecarlo y siguió queriéndolo cuando solo era, ya para siempre, Carlomonte: el borracho charlatán. ¿Mentiras? No. ¡Me cago en Dios! Recuerdos fijos, exactos, atrapados en el papel kodak de la soledad y el tiempo. ¿Una historia? Él tiene mil, un millón, porque siempre huyó, corrió y el mundo se dejó alcanzar y hasta sobrepasar. Es tan sencillo tener pasado, recuerdos. Únicamente se necesita no estar a gusto con nada ni con nadie; principalmente con uno mismo. Lo demás viene solo. La gente más diversa se peleará por pegar sus narices a los muros de cristal de tu furia. Algunos se te entregarán con la intención de animar un poco sus anodinas vidas con algo, no mucho, ¡por favor!, de tu inquietud. Serán moscas atrapadas por la luz de una vida que, por despreciada, se consume más rápido, con más violencia. Todos se quemarán y dejan sitio a nuevas moscas, con suerte, a algunas mariposas. Que de todo ha habido, se dice Carlomonte. ■